

# ÉLIDA RECUERDA A SU HIJA MIRTA “ERA UNA PERSONA EXCEPCIONAL, MUY DULCE” Y CUENTA SOBRE LA BÚSQUEDA INCANSABLE DE SU NIETA DESDE EL MISMO DÍA DE LA DESAPARICIÓN

**ÉLIDA PERDIÓ A LA HIJA Y AL YERNO. LA PAREJA TUVO DOS HIJOS: CAMILO, EL MAYOR, QUE SIGUIÓ VIVIENDO CON LA FAMILIA BIOLÓGICA; Y UNA HIJA, TAMBIÉN DESAPARECIDA, A QUIEN LA FAMILIA, TREINTA AÑOS DESPUÉS, SIGUE BUSCANDO CON ESPERANZA Y DESAZÓN.**

**Por Dafne Casoy**

Desaparecer. Volverse invisible. Como la amiga invisible que tenía Mirta cuando era chica. Iba para todos lados con ella, cuenta su madre Éliida. La crueldad del terrorismo de Estado hizo que Mirta tuviera ese destino. Sin rastros, desapareció de un día para el otro de la vida de Éliida, que la amaba tanto. *Era una persona excepcional, muy dulce...*

**Éliida**

Éliida Illescas de Villanueva se convirtió en una Abuela de Plaza de Mayo casi sin querer. Hicieron la denuncia del embarazo de Mirta, su hija desaparecida, por sugerencia de la señora de Mariani. Camilo, el otro hijo de Mirta hablaba mucho de su hermanita y este hecho ayudó a concretar la denuncia. Pensaban que sería más fácil encontrar a Mirta de esa manera. No le fue fácil asimilar la desaparición de su hija a esta notable mujer que nació en Tapalqué (provincia de Buenos Aires) y que sufrió el abandono del padre cuando tenía siete años. Un padre que abandonó por igual a su madre y a sus cuatro hijas. Entonces su madre la envió como niñera a Buenos Aires. Volvió con ella a los once y luego la envió al campo a buscar a otra de sus hermanas. “Si habré visto a mi mamá diez años... es mucho”. Vivió con su marido Abel y los padres de aquel en el campo hasta que Abel consiguió trabajo en City Bell y se mudaron, donde viven aún hoy. Éliida no había hecho más que primer grado y no sabía leer ni escribir. Fue Mirta, maestra de escuela, quien con paciencia y amor, le fue enseñando. “Fíjate que esto se escribe con una ‘C’ y no con dos”, ‘No mami, así no’. Era muy dulce ella”, cuenta Éliida.

**Días tranquilos en City Bell**

Al llegar a City Bell, Mirta tenía un año y ocho meses y extrañaba muchísimo a la familia que había quedado en el campo. Decía que “quería volver a la cocina” que quería decir a la casa de los abuelos en el campo. Para esa época, Mirta se hizo muy pegada al papá. Lo seguía a todos lados y era él quien la acostaba en la cuna, una cuna que estaba de su lado de la cama. Charlaban mucho padre e hija, él la ayudaba con la tarea y algunos años más tarde compartirían también el trabajo en el Ministerio de Salud.

El matrimonio tuvo tres hijas. Mirta era la mayor, y cinco años después, llegó Liliana y luego Teresita. Con el nacimiento de Liliana, ya Mirta había dejado a su amiga invisible. “Ya tenía a quien cuidar”, cuenta Éliida con una sonrisa.



Éliida en un almuerzo familiar, sin Mirta.

**MIRTA SE CASÓ CON SERGIO A QUIEN CONOCIÓ EN UN CORDÓN DE LA VEREDA ESPERANDO EL ÓMNIBUS EL DÍA QUE LLEGABA PERÓN**

Cuando el papá volvía a las cinco del trabajo, pegaba un fuerte silbido y las tres se acercaban para estar con él. Las hermanas dormían juntas y Mirta solía quedarse leyendo hasta la madrugada. Éliida recuerda las quejas de las hermanas porque debían levantarse temprano.

Se casaron las tres el mismo año y estuvieron embarazadas para la misma fecha. Entre las coincidencias, hubo un contagio de paperas. Los celos no dejaron de estar presentes como en cualquier relación de hermanos. Cuando Liliana era chiquita y la madre la tenía un día en brazos, Mirta se acercó y le dijo que no le hiciera muchos mimos porque la iba a agarrar y tirar a la pileta de natación.

Cuando fueron “más grandecitas”, Éliida les puso la obligación de lavar los platos una semana cada una. Para ella, que todo lo logró con mucho esfuerzo, siempre fue fundamental que sus hijas “sepan”. “Y sí, tienen que saber. Camilo [el hijo de Mirta] hace la cama como la hago yo. (...) Sabe cocinar...”.

Mirta estudió en la escuela N°12 hasta que inauguraron la N°117, lugar al que fueron también sus dos hermanas. El secundario lo hicieron las tres en el Manuel Belgrano de City Bell. A los diecisiete años Mirta ya había terminado el magisterio y estaba ejerciendo como maestra en la misma escuela. Por la tarde, trabajaba con el papá en el Ministerio de Salud. Con su sueldo ayudaba en la casa y le compraba ropa a Teresita. Ya entonces, iba comprando cosas para el día que se casara.

**Mirta, Sergio y Camilo**

Se casó con Sergio a quien conoció en un cordón de la vereda esperando el ómnibus el día que llegaba Perón. Mirta tenía veintiocho años. No hubo compromiso, un día dijeron que se casaban e hicieron la fiesta en la casa de City Bell. A pesar de no hacer

**EN LA PLATA NACIÓ EL PRIMER HIJO DE MIRTA Y SERGIO: CAMILO**

invitaciones –“Quien quiera venir que venga”, –había dicho Mirta–, la casa se colmó con setenta invitados y hubo que salir a buscar más comida. Éliida no tuvo una buena primera impresión de Sergio, como si presintiera algo malo. Pero con el tiempo, al verla a Mirta tan contenta y ver lo que se querían, comenzó a tomarle afecto. Sergio era muy cariñoso y alegre. Y entre risas agrega: “Pensé que iba a ser algo más lindo...”.

Cuando se casaron fueron a vivir a La Plata. Mirta iba mucho a City Bell a almorzar con los padres, llevaba la comida preparada, el postre, la bebida. Sus favoritos eran el pescado al horno y las pastas. Cuando Éliida se levantaba para lavar los platos, le decía: ‘No mami, los platos los lavo yo’. Esas cosas me emocionaban de ella”, dice Éliida.

En La Plata nació el primer hijo de Mirta y Sergio: Camilo. Como a ella le costaba mucho levantarse de noche,

tenían un arreglo. Mirta lo cuidaba de día y Sergio por las noches. Cuando cenaban todos juntos y Camilo comenzaba a llorar, era Sergio quien se levantaba a consolarlo.

Luego se mudaron a Misiones y Mirta consiguió una suplencia en una escuela muy olvidada de Oberá. A los quince días de ejercer como docente, habló con el intendente y consiguió que la escuela tuviera agua.

Éliida rememora una visita que les hizo donde lo pasaron muy bien juntos. Coincidió con la fiesta del día del estudiante donde los chicos le cantaron serenatas a los profesores. Éliida lo pasó muy bien con ellos, y Sergio lo llevó a pasear por los alrededores.

**Mirta**

A Mirta le gustaba la música clásica, leer. Era muy coqueta. Por lo único que renegaba era por el cabello. Las pocas veces que fue a la peluquería en su vida, al volver, se lavó el cabello y se peinó sola. Tenía mucha facilidad para estudiar, se sentaba con los libros y la radio al lado.

Al pensar en Mirta, Éliida dice: “Ando todo el día con ella, y siempre hay un motivo. Con decirte que cuando lavo los platos veo el detergente, me hace recordar cuando yo los iba a visitar a La Plata, que había nacido Camilo... Iba yo a visitarla. Un día llevo y me dice, ella tenía todo limpiito, todo; y me dice: ‘Mirá mami, mirá como limpié la cocina, hasta el frasco de detergente lavé’. ¡Qué laburo!”.

**TEXTUALES**

## APENAS UN RASTRO

**ÉLIDA RECUERDA A SU HIJA Y PIENSA UNAS PALABRAS PARA LA NIETA QUE BUSCA INCANSABLEMENTE.**

Luego de la desaparición de Mirta, una sobrina contó que la había visto en un auto con dos o tres militares y que ella se dio vuelta a mirarla. “Siempre que me ve mi hermana me comenta eso (...) que posiblemente sí los trajeron a Buenos Aires”.

Al preguntarle si le quiere decir algo a su nieto Camilo, responde: “Que tuvo la mamá más hermosa: la mamá más amorosa y dulce... que fue divina... Que hemos hablado mucho con Camilo, hemos hablado mucho. Pero igual al comienzo... Se trataba de no hablar...”.

Probablemente sería lo mismo que le dijera a su otra nieta, aún desaparecida, si la pudiera encontrar. O tal vez la nieta la encuentre a ella...